

ña enorme, cuyas cumbres esplenden al sol, como otros tantos astros, y cuyos valles se cubren á una con el paño funerario de anticipada noche. Grande araña pendía del techo y derramaba desde aquellas alturas muy desigualmente sus necesarios resplandores. El recinto se parecía, ya lo hemos dicho, á un circo antiguo, como el espectáculo, en que se mezclaban el amor y la muerte, se parecía también á las festividades del circo. Las mujeres, no todas vestales, representaban un papel idéntico al de las vestales antiguas, porque ponían algún agrado y algún placer en aquella funeraria tragedia. Las flores que llevaban sobre su cabeza, los lazos tricolores que ondeaban en sus hombros, las joyas que relucían en sus gargantas, los verdes cartones donde apuntaban á una con sus áureos alfileres el número y naturaleza de los votos, daban aire de gran salón literario al convencional aquelarre. Pero la realidad se imponía desde las alturas. Los montañeses no pudieron en dos días borrar los caracteres corteses de Francia, y señalaron las tribunas más cómodas y más visibles á lo conspicuo por excelencia que había quedado en París del bello sexo; mas tampoco pudieron impedir que allá, por las graderías más altas, los hombres del pueblo más desparramados, se mantuviesen de pie, apretadísimos los unos contra los otros, abrasados de calor, echando espumas por su boca y consagrados á seguir con ojos avizores, los votantes uno á uno, escuchados con atención religiosa, y luego á estallar en plácemes y maldiciones, con un fragor, favorable siempre á todas las exageraciones y á todos los exagerados, y siempre también por ende adverso á la moderación y á la prudencia. Lamartine afirma que los primeros puestos de aquellas tribunas públicas, destinadas con gran desigualdad, por lo incómodas y oscuras, al pueblo, los primeros puestos estaban ocupados por pilluelos de las plazas vecinas, por pilluelos del abasto, por clubistas de los más exagerados y violentos, por mozos de las carnicerías del barrio, los cuales mostraban sus cuchillos de matarifes aún calientes, y sus mandiles rociados de sangre; mientras, en los espacios vacíos, al pie de la mesa presidencial, en los pasillos de ingreso, por las puertas conducentes á los bancos parlamentarios, veíanse muchos espectadores sin derecho alguno á penetrar en el recinto confundidos con muchas diputados, influyendo la opinión de aquellos sobre los votos de éstos con una maléfica influencia. Pero Luis Blanc se indigna de semejante aserto y dice que Garat, ministro de Justicia girondino, notificó á la Convención republicana como podía sin vacilaciones entregarse al debate y tomar las resoluciones que prefiriese, sin miedo á ningún desacato y sin recelo de ninguna violencia.

Mas, dentro de la Convención republicana, en el ánimo de los convencionales más conspicuos, reinaba una incertidumbre y una perplejidad, disimuladas inútilmente por los historiadores republicanos de la revolución. Estos afectos de duda se generaron, por modo natural, así en el estado interno de los ánimos como en las circunstancias ambientes y en las disposiciones reglamentarias tomadas para emitir y fundamentar el voto. A quien asara la manteca no se le ocurriera disponer para una votación de ochocientos votantes

el voto razonado, disposición equivalente á permitir y autorizar ochocientos discursos, más ó menos breves, los cuales discursos debían llevarse consigo un tiempo incalculable. Y si, al cabo, se hubiera convenido en poner varios intervalos ó entre actos en el desarrollo de la gran tragedia, quizá todo se hubiese razonado mejor, y ningún acuerdo hubiera sucedido con explosiones semejantes al estruendo de un tiro. Poned horas y horas de sesión, después de haber puesto meses y meses de debate para un gran acuerdo, suprimiendo la natural sucesión de las noches y los días, cuyas diferencias quiere borrar una velada ó vigilia interminable; y decidme si, al cabo de cierto tiempo, toda sesión parlamentaria no debía parecerse á un aquelarre de infernal sábado; todas las ceremonias y liturgias del presidente á una misa del diablo, como las celebradas en los siglos medios; todos los diputados á duendes recibiendo inspiraciones y consejos, no de pitonisas puestas en sus tripodes al resplandor del día, de brujas endiabladas, de ánimas en pena, envueltas entre las sombras de un perdurable su larrio, espiritual y material. Por no llegar á lo sobrenatural, tan extremadamente contradictorio con las ideas y las creencias en boga, elidiremos el nombre de duendes para los diputados; pero no podemos elidir el nombre de sonámbulos. La vigilia y el insomnio trastornaban todas aquellas cabezas. Lo extraordinario del caso removía todos aquellos nervios. Hubo diputados que llegaron á la tribuna riñendo entre sí mismos; y, una vez llegados, sostuvieron y votaron todo lo contrario de lo que sostuvieron y prometieron votar en el camino. Nombrados los convencionales en voz alta para ir á la tribuna, y desde la tribuna emitir su voto; el ideal de la justicia primero y el sentimiento de su responsabilidad después, les daban un extraño aspecto, no bien fijado todavía por la humana historia. Una gran parte de aquellos representantes se había ocultado en lo más recóndito y en lo más secreto del edificio; como si huyendo al público y á luz, huyeran al remordimiento y á la vergüenza. Los bancos estaban vacíos. Quince mortales horas duraba ya la sesión, cuando comenzó el voto sobre la pena ó castigo de Luis XVI. Y esta votación duró desde el jueves en su noche hasta el domingo en su mañana. Por algunos resignados que se contasen, veíanse á la primera mirada centenares de impacientes. Unos se buscaban á otros pidiendo consejos, y sólo recibían grandes contradicciones, generadoras de indecibles disputas. Quien más sereno, quizá más cansado, no disputaba, dormía. Y, entre tales durmientes, veíanse muchos en posturas de bien escasa decencia, despertando al llamamiento de su nombre y á la requisita de su voto, del sueño profundo, como se despiertan los muertos en el juicio final, y buscando sus opiniones en la conciencia turbada, como diz que buscarán los muertos sus huesos en el valle de Josafat. Y desde sus bancos á su tribuna, espacio último interpuesto entre sus opiniones y su voto, encontraban innumerables exaltados, semejantes á los alabarderos y á los reventadores del teatro nuestro, excitando á la muerte del Rey, como excita un jaleador sus protegidos á la muerte del contrario en cruenta riña. Los más indecisos, aquellos que unas veces hubieran perdonado



y otras veces corrido á lo más hondo y obscuro de su hogar para no ver lo mismo que se proponían perpetrar, iban de un lado á otro como en sueño magnético; subían y bajaban las escaleras en movimientos automáticos; entraban en el salón de sesiones, sin saber porqué habían entrado y salían luego sin saber por qué habían salido; buscaban alguna persona, ignorantes de quién era el buscado; agitadísimos por crisis nerviosa, muy semejantes con la demencia y la epilepsia. Se necesita una traslación del espíritu á los tiempos aquellos; respirar la electricidad, en aquellos aires diluida; sentir la presión espiritual que pesaba con pesadumbre inmensa y fatal sobre todos; oír las palabras revolucionarias chispeando como centellas y tonantes como nubes tempestuosas; tener que juzgar una institución parecida en el espíritu público á institución divina y tener que remontarse á unos tiempos tan apartados, que se confundían casi con la eternidad; presenciar la revolución más exagerada dentro del país, la guerra de apostolado y propaganda fuera, los Reyes europeos amenazando con amenazas apocalípticas, los jóvenes franceses muriendo con la Marsellesa en los labios y la República en el pensamiento, para comprender aquel acto y explicar aquella sentencia.

Las ocho eran, cuando comenzó la sesión, sesión espantable, sobre la cual descendieron varias veces los fúnebres paños de largas y tenebrosas noches; sesión, de terribles transcendencias á lo porvenir, y en el tiempo pasado desde aquel entonces hasta el tiempo corriente de una inmanencia incalculable; sesión de varios aspectos, en que se mezclaba lo jurídico á lo teatral; y cuyos recuerdos, el recuerdo de sus atrevimientos y de sus temeridades, y cuyos ecos, el eco de sus palabras, como no habían oído jamás otras iguales ni pueblos ni Reyes, quedan ahí fijos, á la manera de las letras fosfóricas grabadas por los querubines israelitas en los palacios babilónicos, donde se albergaba el despotismo antiguo y de donde salía la guerra universal. Nunca olvidaremos que aquellos hombres no juzgaban un individuo, ni una serie de actos á este individuo concernientes; juzgaban instituciones seculares, personas eternas, siglos de siglos; magnates, Monarcas, guerreros; la teocracia con el fuego de su maldita inquisición y la triste lepra de sus exterminadoras amortizaciones; el feudalismo, en cuyos lechos se perdía el honor de las doncellas pobres y de cuyas horcas colgaban los cuerpos del campesino siervo; todo aquel despotismo, que histórica y religiosamente comenzó para nosotros en el palacio de Faraón y que sólo habrá concluido cuando los pueblos europeos establezcan, como el pueblo de Dios manumitido estableció la República de Israel, la República universal. Pero volvamos á la sesión y al voto. Entre unas tres resoluciones oscilaban los ánimos; entre la reclusión, el destierro, la muerte. La región ó departamento llamado del alto Garona, fué requerido el primero á votar, por meras y sencillas razones concernientes á la liturgia y á la reglamentación parlamentarias. La sala, mal esclarecida; las ocho de la noche, bien contadas; la espectación universal con el silencio profundísimo, dieron á esta fase de la sesión un aspecto solemne,

que no tuvo antes y que tampoco después tuviera. Seis diputados de tal departamento votaron á una la muerte, pareciéndose los implacables y fríos votos suyos al golpe de la cuchilla, que lleva en sus manos el ejecutor de la justicia, según dice con fundada razón Luis Blanc. Apenas había tal departamento votado, cuando le tocó su turno á Vergniaud en quien libraban los realistas sus esperanzas mayores. Pero Vergniaud, en voto ya comentado por nosotros varias veces, se pronunció por la muerte, aunque no por la muerte inmediata, pidiendo un aplazamiento, en el cual pudiera requerirse del comicio primario una sanción popular á la terrible sentencia. La división de los girondinos agravó más la suerte del Monarca y la suerte del partido que todas cuantas opiniones emitieron sus implacables contrarios. Juntos hubieran podido salvar al Monarca, evitando la sombra de su muerte á la revolución; divididos, clavaron un puñal en las entrañas de Luis XVI y luego volvieron ese humeante puñal sobre sus propias entrañas. De la Gironda unos votaron la muerte inmediata y otros votaron la muerte con aquellas mismas restricciones que Vergniaud exigiera inútilmente. Y es el caso que, no creyendo sincero el voto de los girondinos, púsoles la opinión entre aquellos convencionales votantes del perdón; y existen hoy mismo historiadores, los cuales, contando á los girondinos entre los misericordiosos, dicen y aseguran que la muerte de Luis XVI se resolvió por un voto, por lo más exiguo que pudiese haber en una mayoría parlamentaria. Los conspicuos de la Gironda, siguieron el sentir y el votar de su indisputable guía; el sentir y el votar de Vergniaud. Otros se pronunciaron por la reclusión. Sieyes acostumbrado á seguir el viento y recoger en sus velas el más favorable á su vida; incapaz de ningún heroísmo y capaz de todas las complacencias serviles con todos los poderes humanos que tuvieran medios de perseguirlo ó incomodarlo; no quiso resistir á la corriente universal, y votó la muerte de Luis XVI con el propósito resuelto de impedir y evitar su propia muerte. La historia tiene averiguado lo dicho por Sieyes en aquel momento, que se redujo á estas palabras: «voto la muerte.» Pero la leyenda, nunca fatigada de añadir algún perfil fantástico á las personas y á las cosas históricas, dice que Sieyes exclamó: «voto la muerte, y la muerte sin frases,» lo cual no es verdad. Sieyes votó la muerte sencillamente, como cualquier otro diputado. No así el exaltadísimo por excelencia de la Gironda, no así Gensonné, quien, airado con los montañeses, implacable y colérico, votó la muerte de Luis XVI, pero añadiendo votaba también la muerte de los degolladores del dos de Septiembre, porque para él merecían idéntica é igual pena todos los malvados.

Dos girondinos, de suma importancia, los dos filósofos, los dos oradores, los dos de un valor acreditado en el martirio, Fonfrede y Ducos, votaron la muerte y la muerte inmediata. Condorcet, en esta ocasión, tuvo las vacilaciones propias de quien desea rendir parias á la política, sin desertar de la filosofía; cuando la política muchas veces ha menester, si no abjurar de la ciencia, separarse un poco de sus vivos y calurosos resplandores.



Así votó la pena más dura que castigase al Monarca cual el Monarca merecía, sin quitarle la vida, según Condorcet, verdaderamente sagrada. Uno de los votos más extraños, tanto casi como el voto de Vergniaud, aunque nunca tuviera su trascendencia é importancia, fué sin duda, el voto de Manuel. Revolucionario por la generosidad del sentimiento y por la cultura del espíritu; republicano por ser la República el método mejor y el preferible organismo de la democracia; muy enemigo del Rey, cuando el Rey vejaba y oprimía sin piedad al pueblo; amigo de Robespierre, durante los tiempos en que Robespierre representaba la virtud y la ciencia democráticas; el ingenuo republicano, al ver la cautividad horrible del Temple, los sinsabores apurados por la regia familia, tantas tribulaciones, cuya horrible acerbidad excedía en mucho á la culpa; convirtiéndose hacia la piedad y hacia la misericordia; detestó los demagogos en todas sus huestes y la demagogia en todas sus fases; queriendo, sí, la República, pero queriéndola imaculada y pura, como la Virgen madre, á quien los católicos todos consagramos el incieso de nuestras oraciones y de nuestros pensamientos. Junto á Manuel se levantó Daunau, quien había hecho de la ciencia una religión, la cual religión le llevó á pedir el destronamiento, la proscripción si era preciso, pero no la muerte, bárbara según él de toda barbarie, injusta de toda injusticia, pues, teniendo, como tiene, la sociedad el derecho á deponer y á destronar los Reyes, no tiene derecho á quitar la vida de ningún ser humano, si quier este ser humano se llame y se crea Monarca. Mientras los girondinos se dividieron, como hemos visto, los montañeses votaron cual si fueran una sola personalidad, la muerte y la muerte inmediata. Toda la diputación de París se decidió por el verdugo. Robespierre dijo: «yo jamás he sabido descomponer mi existencia política para encontrar en ella dos cualidades tan dispares como la calidad de Juez y la calidad de político; aborrezco á los opresores, porque amo á los oprimidos; no creo en la humanidad que degüella pueblos y perdona déspotas; aquel sentimiento, que me condujo á pedir, si quier fuera en vano, al Congreso Constituyente aboliese la pena de muerte, me impele hoy á pedir se aplique al tirano de mi patria y á la monarquía misma, en la persona del Rey, esta pena.» Danton exclamó: «no pertenezco á esa muchedumbre de estadistas que se compadece con los tiranos, quienes deben ser heridos en la cabeza; voto por la muerte.» Sellou añadió: «yo voto por la reclusión, y me opongo á la muerte de Luis, porque Roma pontificia querríala para beatificarlo.» Gentil expresó el siguiente concepto, que fué una verdadera profecía, confirmada por la historia y por el tiempo, «voto la reclusión, pues no quiero que mi voto contribuya hoy á dar á Francia mañana un verdadero Cromwell, ó la imprevista vuelta de un Carlos II.» Zangiacomi exclamó: «la detención durante la guerra y destierro después de la paz, es mi voto para que la vergonzosa existencia de Luis nos ahuyente todos los déspotas.» Albonis: «sea encerrado y prisionero, hasta que ninguna cosa debamos temer, ni de su persona, ni de los suyos, y vaya errante alrededor de los tronos.» Paganel: «no pueden los Reyes ser úti-

les sino por su muerte.» Barrere: «el arbol de la libertad crece regado con la sangre de los déspotas.» Milhau: «legisladores filántropos no manchan el código fundamental de un pueblo con el establecimiento de la pena de muerte, pero tratándose de un tirano, si no existiese tal pena, sería necesario inventarla.» Goupillan: «la muerte y la muerte inmediata, de otra manera Luis la sufriría tantas cuantas veces hiriera sus oídos el cerrojo de las prisiones; no teneis derecho para endurecer y agravar el suplicio.» Todas estas frases, aumentando la gravedad de los votos ocuparon un largo tiempo, que hubiera sido preciosísimo para establecer definitivamente la República y comenzar un régimen del todo alejado así de las ideas como de las tradiciones francesas, y que necesitaba tener mucho tiempo, si había de producir aquel elemento, sobre quien se fundan las leyes políticas, si había de producir las costumbres republicanas.

Un terrible incidente cerró la votación. No puedo decir si votó adrede Orleans el último en tan terrible trance; ó si la designaron para este lugar los intereses y las maniobras de aquella mesa y de aquel presidente girondinos, que dirigieron la sesión perdurable. Lo cierto es que, según la mayoría de los historiadores, Orleans votó el último. Sobre voto alguno se habían armado tantas disputas, se habían hecho tantas apuestas, se habían escrito tantos artículos, como sobre voto dado por el pueblo á un verdadero principio de la dinastía y verdadero deudo de la familia reinantes. Todos sentimos en presencia de nuestros naturales afines y parientes aquella voz, á quien llama el pueblo con tanta filosofía voz de la sangre. Y sentimosla, no solamente por la parte de vida y por la parte de nombre ó apellido que tenemos común á una con aquellos venidos de los mismos progenitores; sentimosla porque por una parte de la sangre se recibe y hereda una parte de las facultades morales é intelectuales, una parte de los vicios y de las virtudes, una parte de los achaques y enfermedades comunes á una familia y transmisibles á la posteridad. El atavismo no puede negarse. Y en el atavismo cada hogar forma un reino, por pequeño que sea el hogar; y cada familia forma una dinastía, por humilde que la familia sea. El duque de Orleans estaba entre los parientes próximos de Luis XVI. La piedad y la misericordia se le imponían como un deber moral religioso y político. Pero, en pocas tragedias de la historia humana se ve tan claro el sello de la fatalidad y tan patente la dominación é imperio del destino. Los Orleans eran hermanos de los Borbones, como Caín hermano de Abel. Y este carácter cainesco de la rama segunda se trasmitió por siglos de siglos á generaciones sin número. Y se trasmitió, á causa de representar los Orleans uno de los mayores vicios que aquejan á las dinastías reinantes; el odio á las ramas primeras de las ramas segundas. Nuestra Historia rebosa en tales odios. Los últimos Borgoñas, representados por Pedro I, y los Trastamaras, representados por Enrique II; la triste *Beltraneja* y doña Isabel la Católica; el Rey don Juan de Aragón y su hijo el príncipe de Viana; los herederos y primogénitos, así de Felipe II como de